

prueba de que no le quería, pero no porque dudase de su paternidad. En este caso el niño había de morir, probablemente abandonado á las fieras de la selva; esto sin embargo no podía hacerse cuando había pasado ya alimento por sus labios.

Por otra parte encuéntrase casos aislados é indicios de la costumbre de suicidarse ó dejarse matar los ancianos decrepitos; pero las viudas no se mataban sobre la tumba de sus esposos, pues solo se enterraban con el difunto séres no libres como su caballo, su perro y su halcón, á fin de que no entrara en la otra vida, en la morada de Hela, sin acompañamiento, para que la puerta de Hela no le diera al cerrarse tras él en los talones, y para que pudiese dedicarse también en el otro mundo al placer de la caza y tener el servicio correspondiente.

En la leyenda mitológica de Baldur y Nanna se ensalza el sacrificio de una mujer que se mata sobre la tumba de su marido; este era un acto voluntario y raro; pero cuando sucedía se celebraba muchísimo.

Respecto de ciertos rasgos de la última barbarie se siente uno impulsado á limitarlos á los germanos septentrionales, entre los cuales encuentran una explicación mas ó menos aceptable en las costumbres arraigadas y exasperadas por un clima mas rudo ó por una recaída en un estado mas salvaje. Tales actos consistían en rasgar las venas de los vencidos; en el incendio y la matanza generales, sistemáticos y nocturnas, de las viviendas y habitantes de pueblos vecinos con los cuales tenían alguna cuestión; pero también se encuentran entre los francos, los germanos meridionales y entre los godos segun sus leyendas, actos de venganza horribles, como el hacer arrancar las extremidades á las víctimas, atándoles cada brazo y pierna á un caballo silvestre y otros muchos.

El sacrificio de séres humanos existía entre los germanos, bien que se practicaba raras veces; solo excepcionalmente sacrificaban á los prisioneros de guerra á sus divinidades cuando habían hecho voto de ello antes de la batalla, y también sin voto cuando estaban dominados por sentimientos feroces y vengativos despues de la batalla, como hicieron con los oficiales prisioneros de las legiones de Varo. También los criminales condenados á muerte eran sacrificados al dios á quien mas inmediatamente habían ofendido con su crimen, ó también á todas las divinidades del país, á fin de que no castigaran á todo el pueblo por haber dejado el crimen sin el condigno castigo.

Como en todos los pueblos civilizados, había también entre los germanos una clase esclava, que no pertenecía al pueblo germánico y no participaba de los derechos individuales de los hijos del país donde vivía; eran estos esclavos una propiedad de su amo lo mismo que los animales domésticos, y fueron en un principio tratados como estos; el amo los podía matar, mutilar, tenerlos atados, castigar, hacerlos trabajar hasta lo imposible, venderlos, empeñarlos ó cambiarlos con ó sin la tierra que les había dado para cultivar, con ó sin su mujer é hijos respectivos, que con permiso del amo habían tenido que ganar con su trabajo. No podían casarse por su libre voluntad, ni ejercer potestad paternal ni tutela de la familia, ni tenían por consiguiente el derecho de heredar.

Hay que considerar, sin embargo, que este estado social era ya un progreso, comparado con aquel período anterior, mas rudo todavía, en el cual no había siervo, porque entonces no se hacían aun prisioneros de guerra; pues que en el origen de la sociedad los prisioneros eran sacrificados á los dioses inmediatamente despues de la batalla.

Con el tiempo fué aumentándose la clase de siervos, ya

con nuevos prisioneros, ya con hombres libres insolventes en caso de deudas ó de indemnizaciones con que se castigaban ciertos delitos cuando no se podía pagar de otro modo la pena, y despues por su descendencia, porque segun la costumbre establecida el hijo pertenecía á la clase del padre y en los matrimonios mixtos á la del consorte mas inferior, lo que llamaban «seguir los hijos la peor mano.»

Esta ley durísima de la esclavitud, que también tenían los romanos y que estos conservaron con todas sus consecuencias, incluso el derecho de vida y muerte, hasta una época muy adelantada de civilización, se hallaba entre los germanos muy suavizada en la práctica por muchos motivos.

En primer lugar, el abismo que separaba el amo del esclavo entre los germanos era mucho menor que entre los griegos y romanos de la época ulterior, porque allí eran los amos civilizados y los esclavos salvajes, como sucede hoy día en América, mientras en la Germania había muy poca diferencia entre la civilización de los unos y de los otros. La esclavitud era entre los germanos un estado natural, mientras que en el otro caso era un sistema refinado. Entre los germanos se criaban juntos los hijos del siervo y los del amo, que tampoco eran tratados mejor que aquellos, y frecuentemente nacían entre ambos relaciones de grandísimo afecto que se manifestaban en actos de fidelidad y de abnegación tan celebrados que aun se conservan en las leyendas. Otra prueba de que no existía desprecio ni repugnancia entre las dos clases consiste en la igualdad de los nombres en ambas. Las clases no eran castas; la liberación daba al liberto los derechos individuales, aunque no los civiles, por lo menos al principio; de modo que no era considerado igual al hombre libre de nacimiento.

Es evidente que el propio interés hacia que los amos se abstuviesen de mutilar al siervo, de hacerle pasar hambre ó de matarle, pues componía, con las armas y adornos, su principal riqueza, aun con preferencia al ganado; solo en momentos de ira hacían uso del derecho de castigar con dureza y aun de matar, conforme vemos en los escritos de Tácito: «Matan en momentos de ira al esclavo, como matarían á un adversario libre; solo que despues no tienen que pagar indemnización.» La bondad de carácter mas que el egoísmo hacia que no abusasen de este derecho.

Este modo bondadoso, y mas que bondadoso noble, de portarse con los esclavos, condujo despues á una situación para estos mas favorable, pues se llegó á aplicarles generosamente, no se sabe en qué época, el principio fundamental del derecho germánico y de toda justicia, el de ser juzgado cada uno por sus pares, ó sea por los de su misma clase, derecho del cual trataremos mas adelante. Segun él, ningun amo podía castigar ni aumentar las cargas del siervo, por su ilimitado capricho, sino que, á imitación del parlamento ó asamblea de los hombres libres convocados por el conde ó cabeza de distrito, debía reunir un tribunal de familia compuesto de sus demás siervos, el cual, dirigido y presidido formalmente por el amo, juzgaba y sentenciaba al delincuente de la misma manera que hacían los hombres libres.

Dicho esto poco resta que decir respecto de los defectos y vicios de los antiguos germanos.

Sorprendía mucho á los romanos y griegos sobrios la glotonería insaciable de los germanos, y sobre todo su fatal pasión por las bebidas fuertes, cosas que les parecían de una barbarie repugnante; y no pocas veces se valieron del vicio de la embriaguez para perder á los pobladores de aquellos países que, por razón del clima, y acaso por herencia y costumbre, necesitaban ó podían soportar mas alimento y mas bebidas fermentadas que los habitantes de un país mas cálido.

No faltaban asientos y mesas sueltas en la espaciosa sala para colocar á todos los comensales en los festines; pero también se reunían á una mesa comun. «Pasar todo un día y una noche bebiendo, dice Tácito, no tiene para ellos nada de indecoroso;» y así repite este autor en infinitas ocasiones lo mismo, pintando la embriaguez como un vicio nacional é histórico de la raza germánica. Dice también en un pasaje donde alaba la sencillez de sus manjares, lo poco exigentes que eran respecto de su preparación y condimento con tal que sirvieran para aplacar el hambre: «no muestran la misma sobriedad tratándose de la sed; satisfaciendo su pasión por la bebida, dándoles vino á discreción, se les vence mas fácilmente por medio de este vicio que con las armas.»

Esta afición á los festines, donde se atracaban de comida y de bebida, les hacia frecuentemente abusar de la hospitalidad, porque concluidas las provisiones de la casa, se iban á la del vecino donde, sin ser invitados, eran recibidos unos y otros con igual bondad. No hay que decir que en estas reuniones de hombres ebrios no faltaban motivos para disputas y contiendas, que no concluían solo en improperios sino que casi siempre degeneraban en sangrienta riña y frecuentemente en homicidios.

No iba en zaga al vicio de la bebida el del juego de los dados. El juego era otra pasión invencible de los germanos, que los dominaba tanto, que cuando habían jugado todo lo que poseían, y perdido hasta la mujer y los hijos, se jugaban á sí mismos, y ya hemos visto que el pundonor les hacia cumplir la palabra; el joven y vigoroso se entregaba al viejo ó al débil sin resistencia; sin embargo, la conciencia pública se oponía al derecho de poseer tales esclavos, por cuya razón el que ganaba los vendía al extranjero.

Hija de la afición al juego, ó mas bien su causa, era la indolencia, ó mejor dicho la poca gana de ocuparse en los trabajos rurales y caseros, mientras el de la guerra era su mayor placer; como dice Tácito: «Cuando no están ocupados en la guerra, pasan el tiempo en la indolencia, duermen noche y día ó comen y beben; los mas esforzados guerreros son cabalmente los que entonces no hacen absolutamente nada. Los trabajos del campo y de la casa se quedan para las mujeres, los ancianos y los débiles (y á estos debemos añadir los siervos); mientras que ellos están echados. Estos hombres presentan el extraño contraste de amar la pereza y de odiar la paz que proporciona el descanso.» El autor romano padece aquí el error de creer que no se dedicaban á la caza con mucho celo.

Mas fatal que todo esto para el bien general del pueblo llegó á ser otro rasgo característico de los germanos, á saber: su sentimiento indómito de independencia individual. Esta soberbia ingobernable del hombre que fia solo en sí mismo, y ni teme, ni tiene consideración á nadie, y á lo mas confía en sus allegados, es una consecuencia del sentimiento heroico, el mas poderoso que domina en el carácter germánico, y explica en parte que la colectividad del Estado, que entonces solo empezaba á nacer, no teniendo grandes empresas que acometer ni grandes medios coercitivos, realizaba solo pequeños propósitos. Por otra parte, contribuyó aquel carácter independiente á retener la colectividad indefinidamente en aquel estado imperfecto, pues todos vigilaban porque nadie extendiera su dominio mas allá de lo que permitían sus medios, las formas consagradas por el uso y los objetos de costumbre.

Esta soberbia, cualidad centrifuga, impidió durante muchísimo tiempo que las pequeñas colectividades se uniesen para formar otras mayores; este «espíritu individual de libertad» fué el mayor obstáculo que encontró Arminio cuando quiso reemplazar el lazo flojísimo que unía á las tribus que

buscas, por la formación de un reino que las comprendiera todas. Aun despues de la formación de Estados se conservó en ellos, á consecuencia de este carácter, el derecho de guerra entre los nobles, y en general la separación y el aislamiento de las clases y familias.

3.—El traje

Los escasos datos de algunos autores, algunas obras plásticas antiguas, que no dejan sin embargo ó dejan difícilmente distinguir los germanos de otros bárbaros del Norte, y los restos algo mas abundantes encontrados en sepulcros, son los únicos elementos que tenemos para averiguar el traje y atavío de los germanos en los tiempos mas antiguos.

Tácito dice, que la prenda mas importante de hombres y mujeres era un sayo de lana, una especie de túnica guerrera

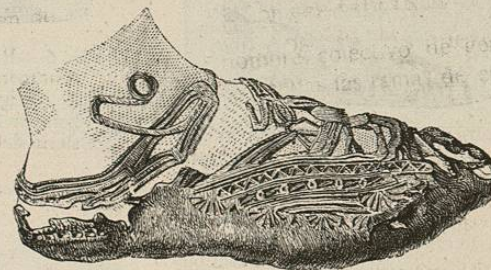


Fig. 3. — Abarca ricamente adornada y cortada de un solo pedazo de cuero, de 22 y 1/2 centímetros de largo, que tenía calzada un cadáver encontrado en las tierras turbosas de la Frisia oriental cerca de Friedeburg.

que los romanos llamaban sagun, reunida en el hombro con un alfiler ó una espina, y sin otro vestido pasaban días y días echados alrededor de la lumbre del hogar. Solo los

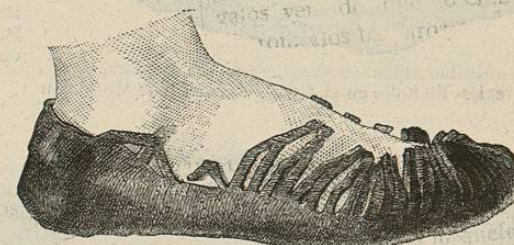
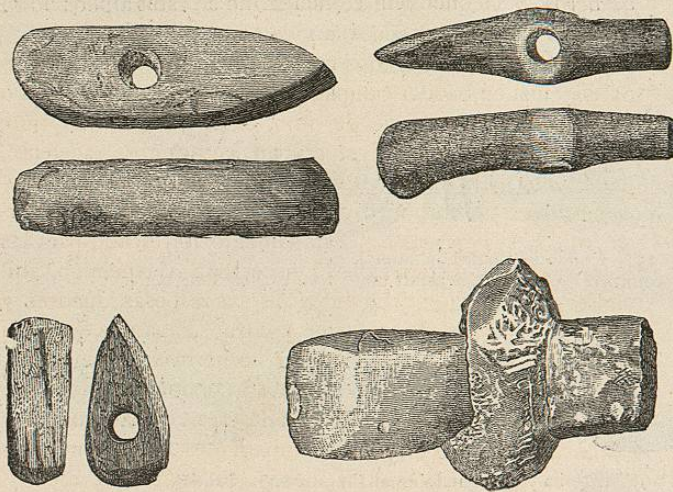


Fig. 4. — Abarca ó zapato hecho de un solo pedazo de cuero de 24 centímetros, hallado en las tierras turbosas de Uetersen en el Holstein.

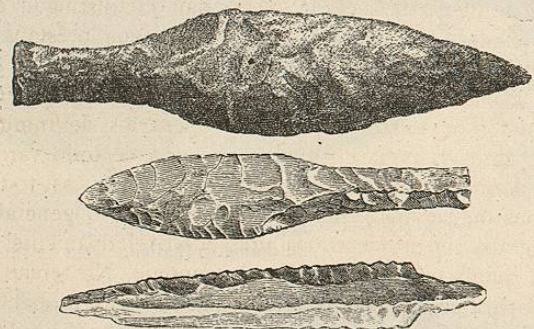
mas ricos iban mejor ataviados, pero no llevaban ropas holgadas y ondulantes como los sármatas y los partos, sino tan ajustadas al cuerpo que dejaban distinguir perfectamente todas las formas. También llevaban pieles de animales silvestres los que vivían mas próximos al Rhin, indistintamente, sin dar importancia á la clase de animal de que las pieles procedían, pero no así los del Norte y del Este, donde el comercio no penetraba con sus tejidos y ropas. Allí escogían cuidadosamente entre las diferentes clases de pieles y aun las guarnecían con pedacitos peludos y sueltos de otras pieles de monstruos que habitaban exclusivamente el extremo ignoto del mar del Norte. Las mujeres vestían del mismo modo que los hombres; solo sus túnicas eran comunmente de lino, las teñían de color de púrpura, y no les ponían mangas dejando los brazos y la parte superior del pecho descubiertos. Al hablar de esto es cuando Tácito se esplaya sobre la castidad conforme ya expusimos antes, Plinio dice: «los enemigos del otro lado del Rhin (es decir los germanos), tejen ahora también lanas como los galos, y para sus mujeres no hay traje mas hermoso.»

La infantería, desnuda ó cubierta solo de un sayito, arrojaba además cierto número de venablos cortos á distancias pasmosas. Con una lluvia de estos impidieron los alamanos el paso del Rhin cerca de Basilea á las tropas de Constan- cio. Los escudos los describen los autores como grandísimos

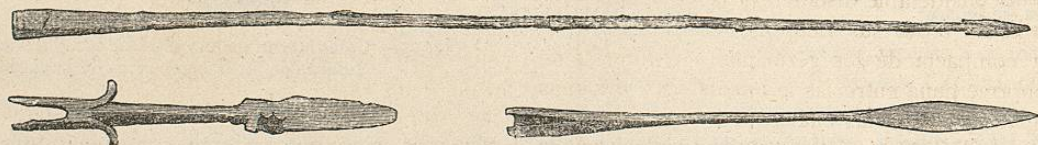
(«inmensa») y cuidadosamente pintados. Corazas llevaban pocos, y cascos de hierro (*cassis*) ó celadas de cuero (*galea*) apenas uno ú otro, es decir, solo los reyes, nobles ricos, ó individuos simplemente libres, pero riquísimos. Las armas normales eran el escudo, el machete y la framea, y son las



Figs. 26 á 29.—Hachas.—1. Es de pizarra anfóclia; fué hallada cerca de Maguncia.—2. De serpentina pulmentada, y proviene del Oldenburgo.—3. De serpentina pizarrosa, encontrada cerca de Heilbronn.—4. Es de piedra, de 12 centímetros de ancho y montada en un asta de ciervo. Proviene de una construcción lacustre, cerca de Robenhausen. El tamaño natural de las tres primeras es quintuple del del grabado, que los presenta de frente y de lado.



Figs. 30, 31 y 32.—1. Punta de lanza de pedernal, de 16 y medio centímetros de larga, encontrada en la isla de Rugen, en el Báltico.—2. Otra de lanza de pedernal negro, de 19 y medio centímetros de larga; proviene de Suecia.—3. Punta de flecha de pedernal gris; mide 8 y medio centímetros de larga, y fué también encontrada en Suecia, cerca de Skone.



Figs. 39, 40 y 41.—Representan lanzas ó frameas; la primera mide un metro y proviene de las tumbas cerca de Selzen; la segunda mide 38 y 1/2 centímetros, proviniendo de las tumbas de Oestrich, cerca del Rhin; la última tiene 52 y 1/2 centímetros de longitud y fué encontrada en una tumba cerca de Darmstadt.

que figuraban entre los regalos que se hacían los dos novios en los desposorios.

Además de banderas usaban imágenes como signos guer- reros, que guardaban en épocas de paz en los bosques sagra- dos, debiendo suponerse que representaban animales consa- grados á las divinidades. Al emprender una guerra las sacaban solemnemente del recinto sagrado y las llevaban al com- bate.

«En general, dice Tácito, reside su fuerza en su infante- ria; sus caballos ni tienen bella estampa ni se distinguen por

su velocidad si se comparan con los romanos, escogidos en- tre las razas mas nobles de los tres continentes; y tocante á habilidades y alta escuela no se les enseñan.» Sabían, no obstante, conservar la línea recta al girar las filas sobre un eje, y frecuentemente obtuvieron los germanos la ventaja sobre sus enemigos, cabalmente en los combates á caballo. Montaban en pelo y despreciaban los «jinetes de silla»

Temible y fatal para las tropas romanas, desde César hasta Juliano, fué la reunion de caballería con infantería muy ligera que usaban los germanos, y que menciona César,



Figs. 33 á 38.—Espadas.—1: de bronce y mide 60 y 1/2 centímetros de larga; proviene de un túmulo de Hesse.—2: mide 67 centímetros y es de bronce; fué encontrada en el Danubio, cerca de Regensbur- go.—3: de bronce, largo de 57 centímetros, hallada en Meklembur- go.—4: es de bronce, su longitud 67 y 1/2, proviniendo de las cer- canías de Worms.—5: de hierro, de dos filos, de 63 y 1/2 centímetros de larga; fué hallada en las tumbas, cerca de Kempen, en la falda del monte Rochus.—6: de hierro y proviene de las tumbas de Hall- stadt, en Austria.

mientras Tácito dice que: «combatían mezclados gracias á la ligereza de los de á pié, escogidos de entre los jóvenes, á las maniobras de la caballería, colocada junto con la infan- tería ligera delante de su línea de batalla, compuesta de los contingentes de los diferentes distritos, á razon de 100 hom- bres cada uno.»

Otros autores de aquella época alaban cabalmente la ca- ballería de algunos pueblos germánicos; Plutarco dice que la de los cimbras subía en la batalla de Vercelli á 15,000 jine- tes, número probablemente exagerado; sus yelmos tenían crestas que imitaban cabezas de fieras con las fauces abier- tas. Posteriormente distinguieronse también con su caballería los yutungos y alamanos en sus encuentros con los romanos.

El órden de batalla de su infantería representaba una sola masa triangular á manera de poderosa cuña, en cuyo terrible empuje basaban toda su táctica, aprendida, segun decían, de su dios y padre comun Odin. Llamaban hocico de cerdo ó ca- beza de jabali esta formacion, y de ellos debió pasar este nom- bre á sus enemigos, pues que Amiano Marcelino (xvii, 13, hácia el año 358) hablando de los soldados romanos, dice también: «estaban colocados presentando al enemigo un es- caso frente, formacion que la tropa en su lenguaje sencillo llama cabeza de cerdo.» Esto no es extraño, pues cuando escribió aquel autor ya hacia algunos siglos que combatían germanos en las filas romanas; y como igual designacion usaban los germanos septentrionales, que nada tuvieron que ver con los del Sudoeste ni con los romanos, puede admitir- se que empleaban la táctica y el nombre realmente desde tiempo inmemorial cuando todavía formaban un solo pueblo, sin que esto quiera decir que los romanos hubiesen ignorado hasta entonces esta táctica.

La infantería así formada lograba invariablemente con su furibundo empuje atravesar la primera línea de batalla, siempre débil, y aun la segunda que era muy fuerte, de los romanos. Al principio sorprendió á estos una táctica tan brutal como heroica cuando tuvieron sus primeros encuen- tros en batalla campal con los cimbras y teutones, táctica á la cual sus legiones no supieron resistir, hasta que Mario descubrió el lado flaco y el inmenso peligro que encerraba este primitivo sistema para el que lo empleaba.

Si esta cuña viva no atravesaba todo el ejército enemigo; si se paraba en su marcha; si vacilaba, estaba perdida, por- que metida entre el enemigo ya no podía girar ni cambiar de frente, y como no tenía reserva, estaba expuesta á pere- cer miserablemente. Guiados por estas consideraciones, los generales romanos, ya aleccionados, formaron una fuerte lí- nea de reserva á considerable distancia de la segunda, á cuya disposicion debieron todas sus victorias posteriores. Pene- traba la masa compacta de los germanos con formidable empuje cual enorme cuña entre las primeras filas romanas armadas de espada y pica, á las cuales los germanos no po- dian oponer armas defensivas eficaces; llegaba impulsada por su salvaje heroísmo fatigada y exhausta delante de la penúl- tima línea de los romanos, y esta la entretenía sin gran es- fuerzo el tiempo necesario para que la reserva se adelantara y atacara por ambos flancos al enemigo obligándole á defen- derse por delante y por ambos lados. Si entretanto los pri- meros cuerpos romanos lograban reunirse, la atacaban por la espalda, y destruida su única táctica, quedaba toda aquella terrible cuña copada, sin otra alternativa que combatir hasta morir, pues pocos lograban en esta circunstancia abrirse paso al través del enemigo. Por eso en cada batalla perdida queda- ba exterminado un ejército de germanos, como sucedió en la que dieron los alamanos á los romanos junto á Estrasburgo en 357, y en la del año 554 en que aniquiló Narses á los francos. Cuando combatían en falange, ninguno podía mover-

se de su puesto, pero en las acciones irregulares ya era otra cosa; entonces no solo era permitido saltar atrás, sino que era considerado como hábil con tal que volviera el individuo á atacar y no huyera. El que abandonaba á su camarada ó perdía el escudo quedaba deshonrado, y no era admitido ni en los sacrificios religiosos, ni en las reuniones ó asambleas populares, y muchos que de esta manera habían perdido su honor se quitaban despues la vida ahorcándose.

Los parientes y allegados combatían juntos tanto si for- maban cuña en batalla campal, como diseminados á caballo ó á pié; el padre al lado del hijo, el tio junto al sobrino; hermanos y primos no se separaban; «costumbre excelente, dice Tácito, para excitar el valor.» En sus excursiones leja- nas en busca de un nuevo país en donde establecerse, for- maban con sus carretas un campamento fortificado para las mujeres é hijos pequeños. Allí esperaban al enemigo, ani- mados por los gritos y aullidos de sus esposas, madres y hermanas, testigos de su valor y cuyas alabanzas eran su mejor recompensa. Ellas contaban sus heridas y las curaban, y en el calor del combate les llevaban comida y bebida para reanimar sus fuerzas. A veces las mujeres con sus lamentos y exhortaciones para que los combatientes no consintiesen en que cayeran prisioneras y fuesen reducidas á la esclavi- tud, lograban que se rehiciesen las filas arremolinadas y se cambiara la derrota en victoria, porque los germanos mas temían la esclavitud para sus mujeres que para sí propios, «tanto que para asegurarse de la fidelidad de estos pueblos, dice Tácito, no hay cosa mejor que pedirles en rehenes no- bles doncellas.»

En su modo de hacer la guerra hay que distinguir el ser- vicio en el ejército general, del servicio que prestaban for- mando séquito de algun varon esforzado, deseoso de pillaje y de aventuras. La participacion armada en la guerra era obligacion no solamente de los propietarios de inmuebles, como antes se creia erróneamente, sino de todo varon vá- lido. A no ser así, habrían quedado excluidos casi todos los jóvenes del servicio armado, pues que por lo general solo se lograba ser propietario á una edad relativamente avan- zada, quizás en la época del matrimonio. No tenían edad fijada para poder llevar y usar armas; es mas probable que los parientes, vecinos y allegados determinasen en cada caso si el jóven podía empuñarlas, y entonces debía celebrarse la solemnidad de ceñirle las armas que usaba el pueblo, en presencia de testigos y acaso siempre en las asambleas pú- blicas, con ceremonial mayor ó menor segun se trataba de un hijo de rey, de noble, de hombre libre opulento ó pobre. Los sujetos que mantenían séquito conferían la dignidad de hombres de armas á los jóvenes que admitían en su acom- pañamiento; y como á contar del momento en que quedaban armados les tocaba en caso de guerra acudir como los de- más, combatían al lado de su principal, ambiciosos de dis- tinguirse á su vista, con lo cual contribuían no poco al buen éxito de la lucha en general. El derecho de llevar acompa- ñamiento era inherente á todo hombre libre, pero de hecho solo lo ejercían los reyes, los nobles y algunos hombres sim- plemente libres, atento que les incumbía proveer de armas y mantener á los hombres de su séquito tanto en la guerra como en tiempo de paz.

Muchos autores han dado á esta costumbre una impor- tancia que no merece, señalándola como un factor notable en el desarrollo de la constitucion política de las naciones germánicas; pero ni la autoridad régia, ni la institucion de la nobleza, ni el sistema feudal, de los cuales hablaremos despues, ni mucho menos la gran invasion de los bárbaros, que mejor se llamaría el gran derramamiento de pueblos y razas, han debido su origen á esta costumbre de mantener

El calzado era de cuero y le ataban á la parte superior del pié ó empeine.

La gente libre, hombres y mujeres como distintivo honorífico de su estado, llevaban el cabello largo y solo le cortaban cuando pasaban á ser propiedad de otro; y como la calidad de noble solo era un grado mas elevado del hombre libre é independiente, y como la familia regia solo era la primera familia de entre los nobles, claro es que tocaba á los reyes mas que á nadie ostentar aquel distintivo del

hombre libre, la larga y ondulante cabellera; tanto, que llamaban los romanos á los reyes francos reyes cabelludos (*reyes criniti*). Estas melenas no deben sin embargo confundirse con las crines ó cerdas que llevaban los merovingios y les caian por la espalda; recuerdo de la leyenda, segun la cual descendia esta familia de un espíritu del mar.

Del estudio lingüístico comparativo resulta, que desde la inmigración de los germanos en la Europa septentrional adoptaron muchas nuevas prendas de vestir á consecuencia

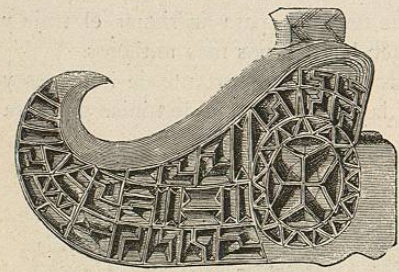


Fig. 5.—Zapato de muerto llaman vulgarmente á esta pieza, que suele encontrarse en algunos sarcófagos ó ataúdes alemanes llamados por el pueblo *árboles mortuorios*. El que representa este grabado fué hallado en una de estas tumbas á orillas del Lupfen cerca de Oberflacht. Tiene 12 centímetros de largo (1).

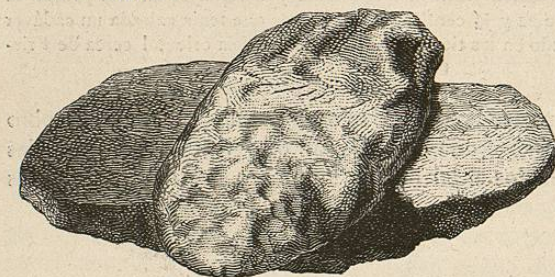


Fig. 7.—Molino sencillo á mano, de piedra arenisca, para moler cereales. Se halló en el Campo de tumbas de Monsheim.

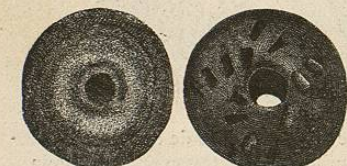


Fig. 10.—Objeto de barro encontrado en bastante número cerca de Dresde y Frankfort sobre el Oder.

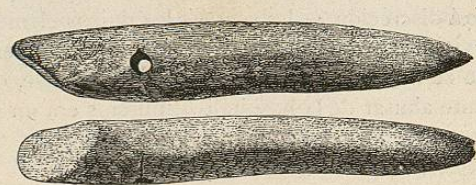


Fig. 6.—Rejas de arado ó cuñas; el primero mide 43 centímetros y es de serpentina pizarrosa; el segundo, de igual longitud, fué hallado cerca de Gabsheim en la Hesse Rhiniana, y es de pizarra de la sierra del Taunus.

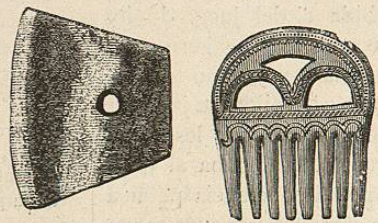


Fig. 8.—Azuela de pizarra negra del Taunus, mitad del tamaño natural.—Encontrada cerca de Maguncia.



Fig. 9.—Peine de bronce de 4 centímetros de alto, hallado en la montaña llamada de Vodan (Odin, dios principal de los antiguos germanos), cerca de Meldorf, en el distrito de Dietmarsch.

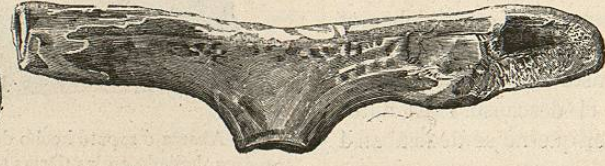


Fig. 11.—Hacha de asta de ciervo, larga de 36 centímetros y hallada en el rio Ihme cerca de Hannover.

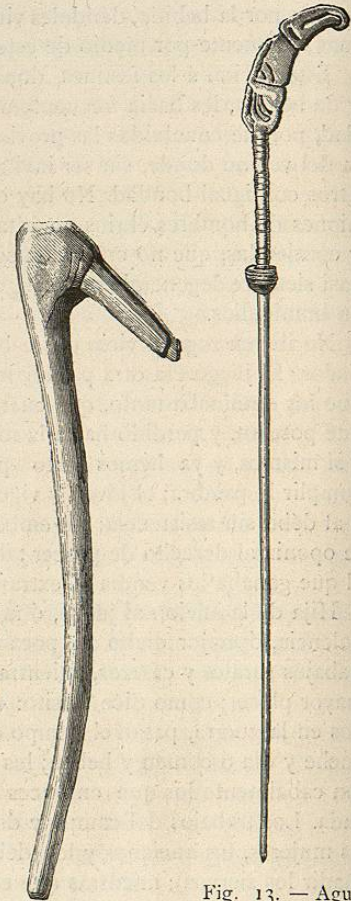


Fig. 12.—Mango de madera para hacha, de 40 centímetros de largo; reducido á las $\frac{2}{3}$ partes. Hallada en una tumba de alemanos en el país Sigmaringen.

Fig. 13.—Aguja para recoger el pelo; es de bronce y de la época merovingia; reducida á las $\frac{2}{3}$ partes. Hallada en una tumba de alemanos en el país Sigmaringen.

de la mayor frialdad del clima, como el zapato, el guante y los calzones. Una especie de calzon se llamaba en alto alemán antiguo *bruj*, y tanto el calzon como la palabra procedieron de los celtas. Así los romanos designaban la parte mas ruda de las Galias en oposicion á la romanizada, *Gallia braccata* ó la *Galia de los calzones*, mientras que la otra era la *togata*, por estar ya allí en uso la toga romana.

En algunas tribus llevaban hombres y mujeres los cabellos peinados hácia arriba, donde los reunian en un nudo, dejando caer el resto como una cola sobre la espalda. Otras modas de llevar el cabello y la barba se mencionan en uso en distintas tribus, como entre los catos.

4.—Utensilios

En el día solo se distinguen, tocante á utensilios y su respectiva edad, dos épocas, la no metálica y la metálica; divi-

(1) El autor no dice si es de madera, barro ó piedra.

sion definitivamente establecida, gracias á las investigaciones del eminente director del Museo Central de Maguncia, L. Lindenschmit, contra la opinion que admitia las tres épocas sucesivas de la piedra, del bronce y del hierro, cuyos defensores mas acérrimos eran los sabios escandinavos. En la primera época no usaban los hombres otros materiales que astas, cuernos, huesos y dientes para construir sus armas y utensilios, y en la segunda, se servian ya del bronce, es decir, de una mezcla de cobre y estaño, ó ya del hierro. Abundan las pruebas que patentizan, que pasada la época verdadera de piedra, se usaban desde un principio simultáneamente ambos metales, y á veces el hierro antes del bronce. Otro error es tambien atribuir el uso exclusivo de cada uno de los tres materiales, piedra, bronce y hierro á distintos pueblos, como por ejemplo, el uso de la piedra á los finlandeses, el del bronce á los celtas, y el del hierro á los germanos ó á varias de sus tribus.

Ya no cabe duda que en todos los pueblos precedió á la

época metálica, otra no metálica. Los hombres que construyeron las moradas lacustres mas antiguas no tenian ninguna especie de metal á su disposicion, bien que posteriormente, en la época metálica, lo tuvieron importado de pueblos extranjeros. Los celtas y germanos usaban ya el bronce antes de abandonar el Asia, y quizás tambien el hierro, introduciendo uno y otro metal despues en Europa.

Cuando Tácito dice que la plata no tenia ningun mérito para los germanos, y que los vasos de este metal que regalaban los romanos á los príncipes y embajadores de aquellos no tenian para ellos mas mérito que si fuesen hechos de barro, es porque todo lo que escribe refleja la tendencia suya de oponer al excesivo lujo romano la sencillez de los bárbaros; pues que bien se encuentran en éstos anillos y aros

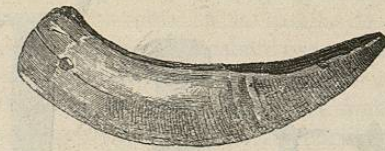


Fig. 14.—Colmillo de jabalí agujereado, de la época de piedra; hallado en las tumbas de Oberringelheim.



Fig. 15.—Collar de dientes de animal, agujereados, encontrado en las tumbas de Langen Eichstatt junto á un esqueleto de mujer.



Figs. 16 y 17.—Machetes de bronce; el primero hallado en Italia y el segundo en el Brandeburgo (Prusia).



Fig. 18.—Yelmo de bronce encontrado cerca de Pforton en la Lusacia.

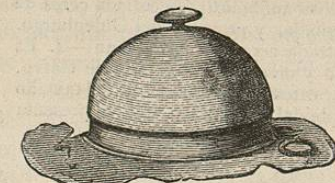


Fig. 19.—Centro de escudo encontrado en las tumbas de los francos, cerca de Hildesheim.

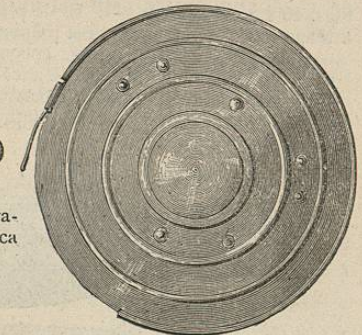
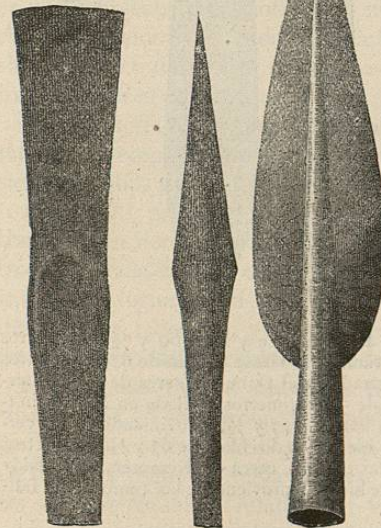


Fig. 20.—Parte delantera de un escudo de bronce; el borde reforzado con un grueso alambre del mismo metal. Mide 39 centímetros de diámetro (hallado cerca de Bingen).



Figs. 21, 22 y 23.—Hacha y puntas de lanza de bronce.



Fig. 24.—Punta de flecha de pedernal, dos tercios del tamaño natural encontrada en el Granducado de Oldenburgo.

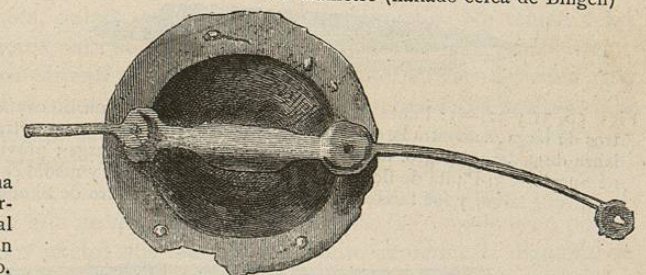


Fig. 25.—Cara interior de un centro de escudo, encontrado en las tumbas de los francos, cerca de Darmstadt.

de oro para los dedos, brazos, cuello y orejas; cadenas, collares, placas para adorno, diademas y anillos en espiral para servir de monedas.

Muchos consideran, con razon, los objetos de bronce, hierro y oro, mejor trabajados como importados de fuera ó fabricados en época anterior por los celtas, conforme es la opinion de los anticuarios del Norte, ó bien en parte por los germanos ó sus antecesores los pueblos iberos.

5.—Armas y guerra

Como armas usuales entre los germanos se citan la lanza, la maza, la espada, el escudo, y mas adelante el peto y la bandera. Es evidente que estas defensas no fueron introducidas despues de la separacion de los germanos de los de-

mas arias, sino que ya eran conocidas antes; pero en el tiempo de Tácito era todavia muy limitado el uso de armas de metal; y eran frecuentes aun las puntas de flecha, las mazas de guerra, el machete ó *siramasax* de piedra. De madera eran la maza ó clava y á menudo la punta de la lanza. Las espadas cortas de metal, la espada larga, *spatha*, es muy posterior, y las largas con punta metálica, eran muy raras.

Poco caso hacian de adornos guerreros, pero los escudos se distinguian cuidadosamente por medio de colores, que designaban evidentemente diferentes pueblos, distritos ó familias.

La framea ó dardo, arma arrojada y que servia tambien para acometer cuerpo á cuerpo, tenia una punta corta, pero muy afilada, de hierro. Esta y el yelmo ó casco componian toda la armadura del jinete.